

**XXXII Concurso de Cuentos
“HUCHA DE ORO”**

Las tribulaciones de Noelia

Seudónimo: SUBUR

Octubre 2003

**Fundación de las Cajas de Ahorro Confederadas para la
Investigación Económica y Social**

Las reflexiones de Noelia eran terribles, tanto tiempo estudiando, tantos años, tantos esfuerzos, y ¿para qué?. Sencillamente, no encontraba trabajo.

Noelia había desarrollado con bastante brillantez sus estudios, tanto de bachillerato en una escuela privada de pedagogía claramente evolucionada, donde había aprendido a pensar y a interrelacionarse con una cierta soltura; como después al decidir como casi todos sus compañeros entrar en la universidad. En su caso, estudiando ciencias empresariales, aún sin saber muy bien para que servían, pero pensando en un trabajo futuro en el mundo de la empresa.

Su vida había sido confortable hasta aquel momento, sus padres, como todos, algo rígidos y algo anticuados, pero con una ventaja, aceptaban una opinión si se dialogaba con ellos. Su padre un gran discutidor, que echaba de menos las tertulias decimonónicas y su madre, toda pragmatismo, realmente, una pareja interesante.

Obviamente, no había sufrido estrecheces, a pesar de algunas limitaciones, en su opinión claramente innecesarias, establecidas por su padre, que decía que así se educaba y se preparaba para el futuro,

Disfrutaba de amigas y amigos, tanto entre sus compañeros de clase, como en el pueblecito de la costa donde pasaba las vacaciones de verano, y también en el gimnasio que visitaba con frecuencia para estar en forma.

Pero tenía un problema, un gran problema, hacía ya unos meses que había terminado su carrera universitaria, había enviado ya no sabía cuantos currículos, había soportado ya no recordaba cuantas entrevistas, le habían aplicado docenas de tests psicológicos, pero aún nada, rabiosamente nada.

Experiencia había acumulado, ahora ya sabía, que en la siguiente entrevista también le preguntarían que empleo tenía su padre, pregunta que no había entendido nunca que tuviese nada que ver con sus cualidades para desarrollar una ocupación determinada, pero que la hacían machaconamente una y otra vez.

También sabía que las pruebas psicotécnicas, al fin y al cabo siempre eran las mismas o parecidas, las podía contestar a velocidad de vértigo. En las entrevistas, con tanto entrenamiento, sabía aparecer como interesada, pero no necesitada y tampoco petulante, exhibía ganas de aprender, pero también interés en aportar, en definitiva, el cuadro perfecto. Pero todo esto no era el caso. Aún nada.

Sus compañeros se habían ido colocando, quizás no al nivel de sus expectativas, pero con algo se tenía que empezar, y cada vez más quedaban menos como ella, aún buscando ya casi lo que fuera. Su psicología empezaba a fallar, ¿era tonta?, no, claro, era evidente no habría terminado una carrera universitaria. Quizás parecía antipática, pero tampoco podía ser esto, entonces no tendría amigos, y le sobraban. Entonces, ¿cual era el problema?.

Noelia, que empezaba a estar obsesionada, no podía darse cuenta que su problema, no era un problema, era solo su imagen psicológica, el problema no era que tardase unos meses en conseguir su primer trabajo, sino que el problema era su sensibilidad a la imagen que ella pensaba que daba a sus amigos, y también a sus padres de su incapacidad para conseguirlo, de que no sabía convencer a los posibles empleadores de sus capacidades, preparación, empuje.

Para relajarse y tener fuerzas para seguir luchando Noelia había realizado muchas actividades, pero quizás lo que más le apetecía era navegar por internet, dejándose llevar, deambulando; algo parecido a un paseo en solitario por un valle de alta montaña con la mirada perdida sin fijarla en nada pero sintiéndose acariciar por una suave brisa. Un día, navegando, encontró una noticia que le sorprendió, había aparecido una nueva actividad solo posible desde la difusión de internet, se llamaba “*flash mob*”, (siempre la palabra en inglés!!!, pero esto era difícil de remediar), el tema consistía en convocar por internet gente desconocida para aparecer en un sitio público a una hora determinada, hacer algo sin sentido, y muy rápidamente volver a desaparecer cada uno por su lado.

La novedad del tema captó su interés, indagó y encontró una próxima actividad en su ciudad convocada para el siguiente fin de semana, el flash decía: “*Plaza del*

Ayuntamiento. 13 horas. Vestidos de blanco. Dar vuelta a la plaza andando hacia atrás y cantando el último éxito de Eurovisión. Exactamente 10 minutos. Desaparición rápida y silenciosa”.

Noelia durante un par de días, cambió de semblante, su mirada perdida y preocupada, su desgana permanente, de repente habían cambiado, su capacidad de aportación aparecía con toda su fuerza, hablaba del tema con sus amigos, pensaba como se vestiría, estaba plenamente ilusionada.

Hasta había intentado convencer a uno de sus últimos entrevistadores de que debía participar en el “*flash mob*”. Le parecía que realizar algo sin ninguna utilidad y de una forma colectiva con desconocidos tenía un cierto morbo y permitía aportar algo a demostrar que los jóvenes del momento no solo eran máquinas interesadas en el consumismo y el dinero.

Al fin llegó el día, el domingo amaneció precioso y soleado. Noelia se preparó concienzudamente, su indumentaria era estrictamente blanca, de acuerdo con las instrucciones, y sin ningún tipo de concesiones. Su madre que estaba leyendo el periódico en el comedor, al verla pasar, inquirió: ¿dónde vas tan blanca?, ella murmuró unas palabras ininteligibles, aceleró el paso, dijo adiós con urgencia y salió rápidamente por la puerta.

La acción fue un pequeño desastre, si había gente, pero más mirones dispuestos a contemplar el inusitado espectáculo, que personas sólidamente iniciadas en esta nueva cultura. La capacidad de convocatoria de internet era evidente, la gente había salido de sus casas y se había concentrado en la plaza del ayuntamiento, pero los papeles estaban cambiados, había mucha gente para contemplar el espectáculo, y poca para ser espectáculo, y en definitiva la gente para ser sorprendida por la acción realmente era un número muy reducido.

Noelia, ella si dispuesta, activa y vestida de blanco, de repente, reaccionó, ¿por qué estaba en este contexto haciendo tonterías?, ¿cómo se había dejado engañar?. Volvió desilusionada a su casa. Sin embargo, luego, ya más serena, agradeció al “*flash mob*”

la distracción que, por un tiempo le había proporcionado de sus, para ella, graves problemas. Aunque vió claro que los americanos se movían en estos casos de una manera distinta que los europeos, quizás de una manera más infantil, quizás con menos miedo al ridículo, quizás...

Finalmente, un día, llegó una carta de una de las empresas en que había sido entrevistada. Noelia la miró sin atreverse a abrirla, había visto tantas, que abiertas con gran ilusión, después solo contenían la tan manida fraseología: "*le comunicamos que su perfil es interesante, ..., ahora no disponemos de plazas de su nivel, ..., añadimos su currículum a nuestra base de datos, ..., en su caso ya le avisaremos, ..., gracias por su colaboración, ..., etc., etc.*". Después de una ligera meditación entre romper la carta sin abrirla o asumir una nueva decepción, Noelia decidió abrirla, leyéndola inmediatamente, y con una evidente fruición, ¿qué había pasado?, era distinta, le comunicaban que la habían admitido y que esperaban su incorporación para el día uno del mes siguiente.

No se lo creía, no podía ser, había superado el listón, lo había conseguido, o en su mentalidad, volvía a ser normal. Obviamente aquella noche lo celebró a lo grande con sus amigos, era una gran, una espectacular noticia.

El día previsto Noelia se presentó en la empresa y después de una entrevista con la responsable de recursos humanos, que le explicó las condiciones de trabajo, horarios, vacaciones, retribución, etc. le presentaron al jefe del departamento para el que trabajaría, dentro de la parte financiera de la empresa, parecía simpático, quizá algo mayor, debía rondar los cincuenta años, le explicó que lo primero que tenía que hacer era aprender a hacer las cosas como se hacían en aquella empresa, y que ya hablarían.

En los días siguientes, Noelia pasó por una profunda crisis, parecía que todo lo que había estudiado no servía de nada, la empresa estaba ciertamente anticuada, pero a sus directivos les parecía que no, porque todos tenían una cierta edad y además siempre la habían visto funcionar así. El propietario por otro lado, no estimulaba el cambio, también aceptaba y consentía hacer las cosas siempre igual.

Adicionalmente, Noelia se dio cuenta rápidamente que su manera de expresarse y de comportarse que hasta ahora le había dado buenos resultados, aquí no funcionaba. No era suficiente afirmar que estaba bien lo que sus amigos decían que estaba bien sin necesidad de demostrarlo o argumentarlo, y por contra no aceptar lo que decía su jefe si no coincidía con su pensamiento. Aquí no se esperaba que tuviese opinión, sencillamente se esperaba que obedeciese, y con premura y corrección.

Después de unas semanas la angustia vital de Noelia ya era peor que cuando no encontraba un empleo. Si no esperaban que ella aportase nada: ¿porqué la habían contratado?, ¿para qué querían una universitaria?. Un compañero de trabajo, se lo explicó, se fichaban universitarios, primero porque había muchos buscando trabajo y por tanto no eran muy caros, y en segundo lugar, porque quedaba muy bien en una pequeña empresa familiar explicar que se tenían tantos o cuantos titulados en plantilla. Realmente, esto quedaba muy bien.

Los comentarios de sus amigos, los que ya trabajaban desde hacía más tiempo, tampoco la animaron en exceso, todos, sin excepción, le explicaban que su caso no era único, que pasaba en todas partes, que cuando se empezaba a trabajar se descubría que algo fallaba en la sociedad, pero se descubría de repente, con violencia, sin amortiguadores, se descubría que hacía falta esfuerzo, disciplina, orden, educación, y tantos y tantos valores que la vida excesivamente acomodaticia y hedonista de la juventud no había entrenado, ni practicado, bajo la mirada benevolente de unos padres y de unas escuelas de un estilo mas bien flácido y tolerante en exceso.

Noelia, ciertamente desmoralizada, volvió a su particular tratamiento anti-stress, conectó el ordenador, pensando que en lugar de un ordenador de sobremesa, podría ser un portátil, porque ahora decían sus amigos que quedaba mejor, y empezó una suave navegación por internet sin rumbo fijo.

Después de un rato de sobrepasar temáticas más o menos convencionales, de repente su mirada perdida se fijo en una palabra "*bookcrossing*".

El tema le pareció muy interesante, era algo solo posible en la era internet, más o menos consistía en que alguien que ya había leído un libro, lo dejaba escondido en algún sitio en la calle, un bar, una estación de ferrocarril, o donde fuese. A continuación en una determinada web de internet publicaba qué libro había dejado y dónde. Luego se esperaba que alguien encontrase el libro y lo comunicase asimismo en la red, lo leyese, diese su opinión y volviese a esconderlo. Esto producía una extraña pero excitante cadena de desconocidos unidos por algo tan banal o tan interesante como un libro, y podía hacer que un libro dejado en Madrid, después de unos cuantos cambios apareciese en Buenos Aires al cabo del tiempo.

Noelia estaba fascinada, la capacidad de generar interrelaciones de internet siempre la había impresionado, era dejar de estar solo, era como un eco, era como un gran estanque en que al lanzar una pequeña piedra se generan siempre suaves ondas de movimiento, siempre con una respuesta.

¿Por qué no probarlo?, Noelia ya decidida a ser una practicante más de “*bookcrossing*”, conectó su ordenador, y rápidamente buscó quien practicaba este emocionante nuevo deporte en su ciudad, encontró a unas treinta personas que habían dejado libros en algún momento, buscó alguien que lo hubiese dejado el mismo día, encontró dos, uno cerca de su casa pero era una novela en alemán, con lo que o se conocía el idioma o se descartaba sola, y otro que había sido abandonado hacía solo dos horas, en el otro extremo de la ciudad, en la estación de ferrocarril, un nombre sugerente: “El Príncipe” de Maquiavelo.

Su anterior propietario explicaba en la web que además de ser un libro muy importante históricamente a él le había ayudado mucho a plantearse su actitud ante la vida y sus relaciones en el trabajo.

Noelia salió corriendo, bajó a la calle, puso en marcha su pequeña motocicleta y en pocos minutos se estaba dirigiendo a la antigua estación de ferrocarril. Iba pensando, con la cabeza en plena ebullición, ¿llegaría la primera?, ¿estaría el libro?, ¿la habrían engañado?.

En unos diez minutos sorteando el intenso tráfico del centro de la ciudad, llegó a la estación. Recordaba que la web decía que debía buscar en la sala de espera de primera clase. Sin problemas, se dirigió a su objetivo, pero una educada azafata le cortó el paso, si no tenía un billete de primera clase no podía entrar. Las explicaciones de nuestra protagonista sobre una cosa llamada “*bookcrossing*” descubrió con gran disgusto que no hacían mella en la educada, pero fría azafata.

Después de varios intentos, todos ellos infructuosos, Noelia cruzaba el vestíbulo de la estación para volver a su casa, y buscar un objetivo más accesible, cuando vio que entraba a buen paso su padre, que al verla se detuvo y le dijo que tenía mucha prisa que estaba haciendo un experimento y quería ver los resultados, que si quería que lo acompañase y que mientras le podía contar sus cuitas.

Noelia empezó a andar al lado de su padre para compartir su problema, cuando vio que se dirigía a alta velocidad hacia la sala de espera de primera clase. Le costaba preguntarle que estaba haciendo, pero cuando llegaron y vio que la azafata los dejaba pasar sin preguntarles nada, empezó a sospechar algo. Su padre viajaba a Madrid con frecuencia, siempre en tren, y en primera clase, por tanto allí lo conocían.

Se sentaron con una revista en la mano y aceptaron el café que les ofrecía la azafata, Noelia le empezó a contar a su padre que afortunadamente lo había encontrado porque no la dejaban entrar sin billete, y empezó a contarle la historia del “*bookcrossing*” y que debía buscar en libro en aquella misma sala.

El padre, un experto en internet, cortó la explicación de Noelia rápidamente, su experimento era el mismo, era él que había dejado el libro allí, luego había ido a su casa para registrarlo en internet, volviendo para ver si aparecía alguien, pero al entrar en la estación había caído en la cuenta que la sala de espera de primera clase no era de libre acceso y que por tanto debía cambiarlo de sitio rápidamente.

Al rato padre e hija estaban charlando animadamente, Noelia le contó su estado de ánimo en relación con su trabajo, su decepción por la falta de aplicación directa y de

valoración de sus estudios, el estilo anticuado de la empresa en que trabajaba, etc. Después de escucharla un rato, el padre buscó el libro escondido detrás de un revistero y con “El Príncipe” en la mano, empezó a explicarle que eran y como le habían servido a él conceptos como: la sutilidad, los movimientos en la indefinición, el respeto por el poder sin servilismo, la conspiración leal, etc., etc.

A Noelia se le abría un mundo nuevo, un mundo no de enfrentamientos directos, no de cantos duros, sino de cantos suaves, redondeados pero firmes, de trabajar para construir cauces por donde puedan avanzar ríos, y no de producir tempestuosas avenidas de agua pero que solo duran un instante.

Con un nuevo talante, Noelia recogió el libro, volvió a su casa, lo leyó de un tirón, le parecía que un nuevo estilo la embargaba, que sus problemas se podían matizar, que se podía avanzar, quizás no tan deprisa, pero si avanzar sólida y permanentemente, en definitiva, que el mundo y las cosas son positivas, ayudan, sirven.

Al rato estaba pensando donde dejar de nuevo el libro para que pudiese seguir ayudando a más gente.